

Pablo Terradillos Rodríguez

Periodista multitarea. Ha desarrollado su labor profesional, fundamentalmente en las provincias de Cádiz y Sevilla, en casi todas las esferas de la prensa escrita, desde el clásico reportero de calle hasta la oculta labor del editor que apenas puede levantarse de la mesa ni colgar el teléfono. Colabora con revistas de información política y cultural (*Diagonal*, *Spy Magazine*, *Freak!*) y se acerca en la que puede al mundo literario.

Libretos de Carnaval, pliegos de la historia de Cádiz

LIBRETO: (del italiano “libretto”). Obra dramática escrita para ser puesta en música, ya toda ella, como sucede en la ópera, ya una parte, como en la zarzuela española y la ópera cómica extranjera.

Esto dice el *Diccionario de la Lengua Española de la RAE*, pero cualquiera que haya estado en Cádiz durante el loco mes de febrero sabe que miente, o al menos oculta una parte importante de la realidad. En la que dicen que es la ciudad más antigua del occidente europeo, las obras dramáticas, y sobre todo cómicas, “para ser puestas en música” tienen dos escenarios principales (el Gran Teatro Falla y la calle), un corto periodo de tiempo en el que representarse (el Carnaval) y sus propios libretos, seguramente en origen hechos a imagen y semejanza de aquellos de los que nos habla el DRAE y hoy día auténtica expresión del pueblo gaditano en papel, publicaciones que actúan a la manera de crónica-resumen del sentir popular, con sus características propias y ocupando un lugar de privilegio en la biblioteca de cualquier aficionado al Carnaval que se precie.

Pongámonos en antecedentes. El Carnaval en Cádiz es el Carnaval de Cádiz. Más que una fiesta, es una ciudad entera dedicada al más inteligente de los componentes de la inteligencia, el humor. Mientras en otros lugares del mundo el Carnaval ha devenido en una fiesta de la exhibición (el sexo en Brasil, la suntuosidad en Venecia) o ha visto cómo sus ecos

se apagaban bajo el poder de la religión dominante y sus cercanas procesiones de Semana Santa, en Cádiz se mantiene como la fiesta principal e intenta acercarse a aquello que debió suponer la fiesta en tiempos ya casi olvidados: la toma de las calles por parte del pueblo, su absoluta libre expresión, la supresión de las barreras, la constante burla del poderoso y sus estructuras de dominación, la subversión. Y todo esto en Cádiz se hace cantando. Si pensamos que los orígenes del teatro griego son coros acompañados con instrumentos, formados por ciudadanos que actuaban en un concurso con jurado y con letras que hacían referencia a la situación de su ciudad, no estamos nada lejos cuando hablamos del Carnaval de Cádiz.

Existen en Cádiz, simplificando muchísimo, dos carnavales: el del teatro y el de la calle. En el Gran Teatro Falla se celebra el Concurso Oficial de Agrupaciones de Carnaval, a la manera que se hace en otras ciudades de España y Latinoamérica. Cuatro tipos de agrupaciones músico-vocales (cuarteto, chirigota, comparsa y coro) compiten por obtener los favores de público y jurado, no siempre coincidentes y a menudo opuestos. La televisión permite que no sólo los gaditanos poseedores de una entrada (o duchos en el noble arte de colarse) disfruten del concurso, y el evento se ha convertido ya en un fenómeno de amplia repercusión mediática que llega más allá de Andalucía y genera una considerable actividad económica a su

alrededor. Cuando se echa el telón del Falla, comienza el Carnaval de la calle. Si en el teatro existe un indudable interés económico, en la calle el único objetivo es obtener la complicidad del público. Si en el teatro manda el reglamento oficial, en la calle vale todo. Si en el teatro las cuatro modalidades son rígidos compartimentos inamovibles, en la calle las fronteras se diluyen y se añade además una nueva opción, quizá la de corte más “clásico” hasta en su denominación: el romancero. En la calle la cosa funciona de manera bastante sencilla: la agrupación o romancero busca una esquina o portal, intenta reclamar la atención de algún público y comienza a cantar esperando que el público se vaya agrandando. Al terminar el repertorio los improvisados artistas ofrecen al público sus libretos, único elemento perdurable de una *performance* músico-humorística de la que no quedará más recuerdo que el de la memoria popular. (En estos tiempos modernos que corren empieza a verse cómo las agrupaciones callejeras intentan vender copias en discos digitales de sus repertorios, tal y como hacen las más populares de las que van al concurso oficial, lo que, junto a la difusión en Internet de grabaciones de aficionados, modifica esta cualidad efímera del Carnaval callejero gaditano; aún con todo, la posterior escucha no puede competir con la intensidad del momento vivido). Para la investigación histórica, los libretos antiguos de Carnaval no son sólo una fuente de primera mano para conocer el pasado de la fiesta, sino también un importante elemento de análisis de las preocupaciones populares y un excelente termómetro para calibrar el sentido del humor de otros tiempos.

El libreto se suele presentar en forma de pliego o cuadernillo, elaborado de manera artesanal, con muy poca tirada, y contiene los textos de las coplas que canta la agrupación y en ocasiones información sobre sus componentes, que las más de las

veces se limita a un nombre de pila o apodo. Está ilustrado con motivos que aluden al tipo (sustantivo gaditano para designar al personaje-disfraz) que representa el grupo y reserva algún espacio para publicidad de pequeños comercios locales con la que generalmente se sufraga la edición del propio libreto. Al término de cada actuación los libretos se ofrecen al público, no se venden pero generalmente se pide “la voluntad”. A altas horas de la madrugada está generalizado el intercambio de libretos por un conveniente relleno de los vasos de los componentes de la agrupación con bebidas alcohólicas. La venta de libretos debe servir para que al menos la semana carnavalesca no suponga un gasto para los integrantes de los grupos, pero no supone un afán de ganancia económica.

Las agrupaciones que acuden al teatro también tienen sus libretos, por lo normal mucho más elaborados que los callejeros y concebidos para perdurar. En el libreto de la calle lo importante es el fondo, no la forma. Su lectura no es fácil, su diseño haría enfermar a cualquier maquetador de poca monta, la impresión no siempre deja la marca deseada. Pero nada de esto importa, el libreto no se lleva tanto para tener las letras impresas como por su poder evocador y por el acto mismo de su intercambio. El público que ha asistido a la representación, de alguna manera salda su deuda con la agrupación en el simbólico acto de su compra. Los aficionados comentan lo que han visto durante la jornada y exhiben e intercambian libretos como testimonio de su presencia en la actuación de una determinada agrupación.

Al final de la jornada, cuando el aficionado regresa a casa con la cabeza llena de melodías y estribillos, en los bolsillos los libretos se convierten en papel arrugado, sencillo recuerdo de otra noche de Carnaval. ◀▶

